



Vol. 23 No. 4

Diciembre de 2020

# EL PAÍS DE LOS DEGENERADOS: LOS USOS SOCIALES DE LA TEORÍA DEGENERACIONISTA EN LA CULTURA ESCRITA A FINALES DEL SIGLO XIX, CIUDAD DE MÉXICO

José Antonio Maya González<sup>1</sup>Universidad Autónoma Metropolitana  
Unidad Xochimilco

## RESUMEN

El objetivo del presente trabajo es analizar los usos socioculturales de la teoría de la degeneración en la prensa capitalina y, en particular, en el campo literario durante el tránsito del siglo XIX al XX. El argumento a demostrar es que dicha teorización se convirtió en un instrumento ideológico utilizado para criticar, denostar y patologizar los comportamientos de una diversidad de personas que actuaban en los espacios públicos. Específicamente, considero que dicho modelo de interpretación de la anormalidad permitió, por un lado, la estigmatización de un pequeño grupo de escritores y, por el otro, ayudó a la reorganización del campo literario finisecular al señalar quién era o no un literato degenerado.

Palabras clave: locura, literatura, degeneración, prensa, anormalidad.

# THE COUNTRY OF DEGENERATES: THE SOCIAL USES OF DEGENERATIONIST THEORY IN WRITTEN CULTURE AT THE END OF THE 19TH CENTURY, MEXICO CITY

<sup>1</sup> Profesor de psicología social en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco; correo electrónico: [jomayogo@gmail.com](mailto:jomayogo@gmail.com)

## ABSTRACT

The objective of this paper is to analyze the sociocultural uses of the theory of degeneration in the capital press and, in particular, in the literary field during the transition from the 19th to the 20th century. The argument to be demonstrated is that said theorization became an ideological instrument used to criticize, and pathologize the behaviors of a diversity of people acting in public spaces. Specifically, I consider that this model of interpretation of the abnormality allowed, on the one hand, the stigmatization of a small group of writers and, on the other, helped to reorganize the literary field by pointing out who was or was not a degenerate literate.

Key words: madness, literature, degeneration, press, abnormality

Desde la segunda mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, la teoría de la degeneración fue uno de los modelos “científicos” más relevantes para los médicos, alienistas y criminólogos en diversas partes del mundo, el cual buscaba explicar las causas de la locura, la criminalidad y de otras enfermedades psicosomáticas. Sus principales postulados estaban centrados fundamentalmente en los procesos hereditarios y las características físicas como signos de enfermedad, mismos que lograron extenderse rápidamente en los círculos académicos y en la cultura científica de las principales ciudades del orbe, como Francia, Inglaterra, Estados Unidos y otros países de América Latina (Argentina, Brasil, Chile, Colombia y México). El *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladiques* escrito por el alienista francés August Morel en 1857, se convirtió en el instrumento de interpretación hegemónico que ofrecía una explicación etiológica de las enfermedades mentales a partir de la transmisión hereditaria. El autor buscó demostrar que la degeneración de la especie humana era resultado de un proceso de desviación mórbida respecto a ese hombre “perfecto” semejante a Dios. Así, sustituyó la clasificación sintomática por otra de carácter etiológico, es decir, privilegió la identificación y conocimiento de sus causas (Bing, 2000). Morel consideraba que todas las anomalías del comportamiento humano eran la expresión de herencias malsanas; por ello, individuos que degeneraban estaban irremediablemente condenados a la esterilidad e incurabilidad. Consideró que las principales causas de la

degeneración eran el clima, el medio social, el consumo de alcohol, marihuana y opio, además, enfatizó que muchas prácticas sexuales consideradas “anormales” podrían engendrar hijos locos o epilépticos que terminarían con generaciones futuras (Huertas, 1987; Campos, 2000; Sánchez, 2015). La tarea de los médicos de la mente y de varios profesionales decimonónicos era rastrear en los antecedentes individuales aquellos signos (rostros asimétricos, orejas malformadas, manos desproporcionadas) que pudieran develar una anomalía transmitida, de tal manera que la locura y la criminalidad se pensaban en términos de predisposición, razón por la cual “existía[n] antes de constituirse como enfermedad”. Además, dichos signos era al mismo tiempo sus “condiciones de posibilidad” (Foucault, 2008; pág. 312). Si bien la tesis degeneracionista fue en su momento una teoría con pretensiones científicas, también se convirtió en una ideología, recuerda Andrew Scull, en donde la locura se formulaba en términos de patología física, “explicación proteica de todas las formas de locura, desde la más leve hasta las formas lúgubres, que encontraba su origen en cerebros defectuosos” (2019; pág. 248). Muchos comportamientos considerados anormales, transgresiones sociales (lesbianismo, onanismo, prostitución, alcoholismo, morfinismo) y otras manifestaciones culturales (la literatura del modernismo finisecular, por ejemplo) fueron entendidas en clave somática por sus más detractores médicos, alienistas y criminólogos. Fue tal su importancia que incluso logró convertirse en el “modelo de vigilancia sanitaria” y paradigma social más importante para el combate contra las drogas a inicios del siglo XX (Davenport-Hines, 2003; pág. 160). Aunado a lo anterior, debemos señalar que la idea de la degeneración logró reforzar políticas raciales y segregacionistas como la esterilización de enfermos mentales, la eutanasia y la persecución de los judíos en la Alemania Nazi por considerarlos “gente degenerada” (Shorter, 1998; pág. 94). Ahora bien, la historiografía en México ha mostrado que los médicos interesados en las cuestiones mentales de finales del siglo XIX, vincularon la degeneración con la condición de pobreza, la insalubridad y las prácticas viciosas de los sectores populares, así, los “degenerados” eran portadores de una constitución orgánica con taras hereditarias que atentaban contra el proyecto de modernización

implementado por el presidente Porfirio Díaz durante su larga gestión, 1877-1910 (Ríos, 2009; pág. 95). La teoría de la degeneración fue utilizada para explicar el comportamiento de los grupos populares y marginados, sectores de la sociedad en donde se creía reinaba el alcoholismo, la insalubridad y el crimen, prácticas malsanas que reproducían las anomalías físicas y mentales entre las redes familiares y su progenie<sup>2</sup>. En suma, el uso de la teoría de la degeneración fue una “estrategia discursiva” que permitió a los médicos clasificar y patologizar las más variadas conductas en las sociedades modernas (Caponi, 2009; pág. 444). Por ejemplo, las prácticas etílicas fueron condenadas por amplios sectores sociales (la iglesia católica, la medicina positivista y la clase política) de la Ciudad de México, no sólo porque se trataba de una actividad moralmente inaceptable<sup>3</sup>, sino por la creencia generalizada de que el consumo de alcohol tenía funestas consecuencias para el desarrollo biológico de la nación (Pulido, 2014)<sup>4</sup>. Sin embargo, los bebedores no fueron los únicos sujetos vistos como “degenerados” en la modernidad porfiriana, la lista también incluía a personajes afeminados, con tendencias suicidas, comerciantes, peleadores, estafadores, vividores y todo tipo de “intelectuales desequilibrados”, entre los que destacaban ciertos escritores<sup>5</sup>. La amplia circulación de noticias en los diarios capitalinos solía describir con desdén el aspecto, los comportamientos y los supuestos rasgos fisiológicos característicos de dichos individuos, incluso, algunos visitantes extranjeros se vanagloriaban de haber captado *in situ* a multitud de “degenerados, idiotas, que no deja de haber en todas partes” (Excursionistas, 1898; pág. 1). Así, los periódicos de la época delineaban con preocupación el semblante de un país degenerado sin distinción

<sup>2</sup> Existía un evidente “pesimismo biológico” alrededor de las ideas sobre la degeneración, ya que los individuos afectados eran considerados como “incurables” por llevar marcas en el cuerpo, “estigmas”, que revelan las funestas consecuencias de la transmisión hereditaria. Por otra parte, también tenía un “trasfondo católico” al considerar que los degenerados eran “pecadores”, ello explicaría su desviación mórbida respecto al hombre ideal (Huertas, 1987; pp. 24-25).

<sup>3</sup> En un artículo titulado “Investigaciones científicas muy profundas”, el redactor señalaba con preocupación que las investigaciones “han demostrado que entre las causas principales de la degeneración de la raza humana está el alcoholismo” (Alcoholismo y degeneración”, 1906, pág. 7).

<sup>4</sup> Muchos editorialistas describían con preocupación que el consumo de alcohol ponía en predicamento el curso de la civilización en México, ya que los individuos portaban en su constitución orgánica un “envenenamiento de la sangre” que podía afectar al organismo social en su conjunto (Cabos sueltos, 1903; pág. 1).

<sup>5</sup> Existen abundantes noticias sobre degenerados, algunos ejemplos son: Los vividores, (1877); Sombras chinas, (1898); El suicidio es moral y útil, (1899); Neuróticos, (1903).

en la condición racial, posición económica, ideología política o conducción moral de los individuos afectados por ese mal. Aunque diversos historiadores han considerado que la degeneración operaba como una “caja de sastre” porque servía para explicar la etiología de la locura, la transformación de las especies, el surgimiento de las razas y la responsabilidad legal de un individuo (Gorbach, 2014; pág. 187), considero que el término no se puede circunscribir solo al ámbito de lo científico -medicina mental, biología y derecho positivo- (Gorbach, 2008; Campos, 1999), como tampoco es posible suponer que los degenerados sólo pertenecieron a los sectores populares.

En efecto, la degeneración fue un término que prácticamente colonizó el espectro social y la cultura impresa de la capital. Una mirada a los periódicos de la época permite comprender las diferentes formas de circulación y apropiación del término cuya significación muchas veces dependió de la orientación ideológica del diario, razón por la cual podían ser clasificados una variedad de personajes, sus actitudes y comportamientos más allá de las prácticas jurídicas y del ejercicio clínico. Dicha teoría también tuvo fuertes repercusiones en los estudios literarios de fin de siglo, particularmente en aquellos realizados por un puñado de escritores de tono nacionalista que miraban con horror el surgimiento de nuevas propuestas estéticas inspiradas por el decadentismo francés<sup>6</sup>. Varios escritores-periodistas capitalinos observaron que las actividades literarias de los escritores decadentes en México eran producto de mentes perversas y organismos atávicos; y que sus prácticas discursivas estaban apuntaladas a su grado de degeneración. Surgen las siguientes interrogantes, ¿Cómo se utilizaron las ideas degeneracionistas en el debate público de finales de siglo? ¿Qué impacto tuvieron en la cultura escrita capitalina? Finalmente, ¿Por qué un grupo de escritores identificados con el modernismo decadente fueron considerados degenerados?

El objetivo del presente trabajo es analizar los usos socioculturales de la teoría de la degeneración en la prensa capitalina y, en particular, en el campo literario

<sup>6</sup> Es importante resaltar que muchos facultativos y estudiosos de la literatura finisecular en México, siguieron los trabajos de Cesar Lombroso, Max Nordau y Pompeyo Gener sobre la degeneración en el arte. Más adelante examinaré algunos de los argumentos centrales y la recepción que tuvieron sus ideas en la cultura científica y literaria.

durante el tránsito del siglo XIX al XX. El argumento a demostrar es que dicha teorización se convirtió en un instrumento ideológico utilizado para criticar, denostar y patologizar los comportamientos de una diversidad de personas que actuaban en los espacios públicos. Específicamente, considero que dicho modelo de interpretación de la anormalidad permitió, por un lado, la estigmatización de un pequeño grupo de escritores y, por el otro, ayudó a la reorganización del campo literario finisecular al señalar quién era o no un literato degenerado. En el México de Porfirio Díaz, muchos periodistas, literatos y estudiosos de la literatura convirtieron el degeneracionismo en una fuerza ideológica de gran calado, a través de la cual tradujeron las ansiedades colectivas de una sociedad atenta a todo tipo de comportamientos sociales y estéticos indeseables.

#### La Degeneración en el Debate Público<sup>7</sup>.

Las percepciones clínicas sobre la degeneración y las neurosis fueron objeto de discusión en las páginas de los principales diarios capitalinos gracias a la labor de gacetilleros, escritores y periodistas que hicieron de dichas afecciones un asunto noticioso y redituable. De acuerdo con las estimaciones sobre el número de periódicos en circulación, sabemos que en la Ciudad de México había 182 diarios para el año 1876, cifra que se redujo a 142 en 1910, muchos de los cuales tal vez desaparecieron luego de las sucesivas campañas presidenciales de Porfirio Díaz (Yujnovsky, 2011). Sin entrar en debate sobre la cantidad, aumento y disminución de los rotativos, me interesa resaltar que durante el periodo de estudio la prensa capitalina consolidó su importancia social, por lo que difícilmente los individuos pudieron mantenerse al margen de ese sistema de información de lo público (Del Castillo, 2005). Los periódicos servían como vitrinas o escaparates para insertar preocupaciones científicas de la época, convirtiendo los saberes de la ciencia en un espectáculo que lograba sorprender, seducir, escenificar o teatralizar los

<sup>7</sup> Se hace notar que la realización de este documento tiene como fuente principal publicaciones periódicas de principios del siglo XX cuya característica radia en que en la mayoría de las ocasiones los artículos publicados no poseen autoría; por ello, cuando fue el caso se decidió utilizar el nombre del artículo en lugar de la abreviatura s/a (sin autor), año y página como datos identificatorios del escrito.

acontecimientos de acuerdo con los propósitos particulares de los anunciantes (Correa, Kottow, Vetö, 2016; pág. 15). Un médico, escritor y periodista de reconocido prestigio como Porfirio Parra –difusor del positivismo en México–, trabajó en favor de la divulgación de la medicina allende al reducido círculo académico. Su objetivo era ilustrar a los lectores capitalinos mediante consejos útiles para el hogar, empresa que realizó a través de su famosa columna “Sección del Doctor”, publicada durante más de un año en el diario *El Universal*. En un artículo titulado “La ley hereditaria” en la edición del 31 de enero de 1891, Porfirio Parra enmarcó la importancia de la herencia como una “ley general” aplicable a cualquier ser vivo, ya que no sólo transmitía aspectos biológicos relacionados con la especie humana (estatura, color de piel, forma del rostro), sino que también transfería rasgos patológicos y psicológicos como “predisposiciones morbosas”, “anomalías” y “vicios de conformación” que determinaban el temperamento y el carácter de los individuos (Parra, 1891; pág. 1 y Parra, 1901).

Respecto a las neurosis, en el mismo diario Porfirio Parra llegó a señalar que enfermedades propias de los nervios eran resultado de un organismo disfuncional; los neurópatas, por ejemplo, eran “personas cuyo sistema nervioso anda mal” debido a una o varias lesiones en las funciones cerebrales (Parra, 1892; pág. 1). La falta de sueño y descanso que presentaban las personas que habitaban en «las grandes ciudades», podían causar neurosis y, por consiguiente, llevar a la degeneración de la raza humana. Entre los remedios, los expertos recomendaban que niños y jóvenes durmieran al menos 9 horas y media para no sucumbir ante tan terribles males<sup>8</sup>. Mediante un lenguaje asequible y definiciones concisas, las notas periodísticas ponían en circulación y al alcance de los lectores capitalinos, algunos saberes científicos sobre la transmisión hereditaria y el desequilibrio de las funciones cerebrales. Elementos pedagógicos mediante los cuales era factible para cualquier lector explicarse las causas de la neurosis y la degeneración.

<sup>8</sup> La nota hacía referencia a una investigación que se realizó en escuelas de Estocolmo, Suecia, en donde se descubrió que los alumnos que no dormían bien tenían 25% más enfermedades. Esta investigación preocupó tanto que los redactores de *El Mundo* decidieron insertarla en sus páginas (*El Mundo*, 1906).

Ahora bien, estudiar la degeneración tomando a la prensa escrita como fuente ayuda a captar las tensiones, disputas y escándalos suscitados en la capital mexicana. Siguiendo al historiador Ricardo Campos, la degeneración puede emplearse como una “metáfora social” que permite explicar los males colectivos de una sociedad (Campos, 2000; pág. 198). En este sentido, sostengo que en el México finisecular sirvió como un instrumento ideológico de usos múltiples; ayudó a criticar posturas políticas y religiosas; permitió enjuiciar comportamientos considerados inmorales, anormales e inapropiados; pero también, logró estigmatizar actitudes personalistas contrarias a la construcción colectiva de la Patria<sup>9</sup>. Los periódicos de orientación católica, como por ejemplo *La Voz de México* y *El Tiempo*, solían insertar breves notas acusatorias en las cuales representaban como degenerados a todas aquellas personas del pueblo bajo que se habían apartado de la moral católica (Decadencias, 1899; pág. 2). Los redactores de los diarios conservadores apelaban a la degeneración para descalificar posturas ideológicas de tono liberal, relacionadas, en este caso, con la educación del pueblo. A finales de siglo, los católicos habían escogido al grupo de intelectuales conocidos bajo el nombre de los “Científicos” para atacar la política gubernamental y evitar así un enfrentamiento directo con el presidente Porfirio Díaz (Lomnitz, 2010; pág. 40). Para muchos grupos conservadores, entre la “gente no santa” estaban desde luego los liberales que, según los diarios católicos, habían apostado por una educación social basada en el “fanatismo” de la ciencia positivista sin tomar en consideración que el sacerdocio también trabajaba en favor del “reinado de la virtud y extirpación de los vicios” (Los periódicos calumniadores del clero, 1899; pág. 1)<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> Sobre este último punto, un artículo rezaba lo siguiente: “cuan triste es tener noticia siquiera de seres indignos que no miran más que sus intereses personales y viven sumergidos en el egoísmo de una vida placentera, mientras la Patria gime bajo los horrores de la miseria, de la desolación. Esos seres degenerados, dignos de compasión, pues carecen de toda idea elevada, de toda virtud que caracteriza su valor, son huéspedes extraños del globo terrestre, miembros bastardos de la especie humana” (*El patriotismo*, 1896). Por otro lado, en el primer aniversario de la Junta Patriótica Femenil, “Josefa Ortiz de Domínguez”, la señorita Aurora G. Ávila pronunció las siguientes palabras: “A los hombres que no alimentan en su pecho el fuego del patriotismo, debemos desecharlos [...], no debemos amar a los degenerados” (*El Diario del Hogar*, 1908).

<sup>10</sup> Incluso llegaron a realizar llamados públicos para regenerar a la sociedad, “levantar en ella el sentido religioso, el sentido moral, el amor patrio, el espíritu público, el sentimiento estético, innatas

Por su parte, los periódicos de tendencia liberal como *El Diario del Hogar*, *La Patria* y *El Siglo Diez y Nueve* utilizaban las ideas sobre la degeneración para cuestionar la interpretación de la vida que tenían los católicos en el mundo moderno y las posturas que proponían en asuntos educativos<sup>11</sup>. Aunque reconocían que la religión aportaba “influencias benéficas” a los hombres, cuando sus ideas pasaban “del justo límite” solían “degenerar en un misticismo estúpido” presente en muchos individuos “degenerados e imbéciles”, incluso entre personas inteligentes (Religión, fanatismo y locura, 1894; pág. 2). En su edición del 25 de diciembre de 1890, *El Siglo Diez y Nueve* publicó una extensa reseña sobre las investigaciones del filántropo Julio Augusto Soury, especialista en estudios hebraicos y bíblicos, en que el autor criticaba a la Iglesia patologizando la condición mental del hijo de Dios. Soury llegó a concluir que los ayunos prolongados, el fanatismo político y “la veneración mezclada de temor”, mostraba la doble fisonomía “degenerada” de Jesús: un taumaturgo y alucinado (Jesús psicópata, 1890; pág. 1). Aseveraciones como éstas permitieron a los redactores de los diarios de tendencia liberal criticar airadamente la injerencia de la Iglesia en asuntos de Estado, mostrando el liderazgo carismático de Jesucristo y sus fieles como producto de una degeneración irremediable. En suma, la degeneración en la opinión pública se convirtió en una fuerza ideológica que sirvió para clasificar los sucesos sociales y políticos del México moderno finisecular.

#### Los Degenerados en la Prensa Gacetillera.

Otros usos sociales del imaginario degeneracionista se encuentran en las gacetillas, esas breves inserciones noticiosas donde se narraban acontecimientos escandalosos, rumores locales y chismes de la vida cotidiana de los capitalinos, entre otros aspectos (Piccato, 2015; pág. 95). En el caso que nos ocupa, los editores y redactores de los diarios en realidad no estaban comprometidos en

---

aspiraciones de la humanidad, factores que producen el engrandecimiento de las naciones y que por ahora se encuentran bastante degenerados” (*La Voz de México*, 1901).

<sup>11</sup> Dice una nota: “No vamos a discutir con él (*El Tiempo*), si los pueblos bíblicos fueron los primeros que vivieron sobre la tierra, no basta saber que los pueblos prósperos han sido los que se conformaron con la ley de Dios encerrada en el decálogo bíblico, y que los pueblos degenerados fueron los que se alejaron de él” (*El tiempo y la familia*, 1891; *Una lección de lógica*, 1890; *La solución de una charada del Tiempo*, 1892).

ofrecer descripciones detalladas sobre la teoría degeneracionista, por lo que denotaban sus significados a partir de su referencia; es decir, dado que las gacetillas no eran tratados médicos, estaban exentas de justificar y puntualizar el carácter médico de dicha teoría. Sin embargo, es importante señalar que sí lograban extrapolar a la sociedad muchas “fantasías científicas” mediante las cuales emergían ideas de lo científico vulgarizadas e incluso ficcionalizadas (Quereilhac, 2015; pág. 54). Las gacetillas exploraban los males colectivos que a diario ocurrían en los espacios públicos, clasificando comportamientos transgresivos y patologizando actitudes sociales al amparo del modelo degeneracionista. ¿Quiénes eran los degenerados y cuáles sus actividades concretas? Las noticias retrataban como degenerados a una amplia variedad de personajes hombres, mujeres y niños que no necesariamente provenían de los sectores populares. Los redactores visibilizaron muchas de las actividades de personajes que por sus comportamientos transgresores irrumpían en la cotidianeidad. Por ejemplo, asociaban la degeneración con ciertas prácticas “salvajes” como el boxeo, actividad en que “dos hombres, mejor dicho, dos fieras, dos degenerados por su idiotismo, dos cretinos que no tienen más mundo que su fuerza [...] se cruzan golpes tremendos que hinchan sus fauces”, pretendiendo así divertir a “un público ebrio de emociones salvajes” (Progresamos hacia el salvajismo, 1895; pág. 1). Otras veces la degeneración estaba vinculada con la falta de moral y honradez entre personas de “buena cuna”. En este sentido, advertían que muchos individuos “decentes” y “jóvenes de buena familia” también eran degenerados por su condición de inactividad: “imagínate lector que variado y abundante surtido de borrachos, tahúres, libertinos, trámosos, traidores y malvados de todas las clases y tamaños, no saldrá de ese grupo de vagos decentes [...]” (Dos vergüenzas, 1899; pág. 1). Incluso se llegó a afirmar que el prodigioso niño violinista Juanito Manen, era portador de un órgano cerebral nada apto para su desarrollo infantil, por lo tanto, su “precocidad” era un “atributo malsano” propio de la degeneración presente en las sociedades modernas, una “manifestación de la neurosis” (Santos, 1894; pág. 1)<sup>12</sup>. Así, las actividades

<sup>12</sup> Por otro parte, los niños “papeleros” que deambulaban por la ciudad eran descritos como “hijos

cotidianas y extraordinarias eran interpretadas bajo el manto envolvente de la degeneración.

El ocio, los paseos y la galantería citadina eran comportamientos asociados a la proclive degeneración de ciertos individuos con tendencias transgresoras, lo que sin duda inquietaba profundamente a unos redactores cada día mejor entrenados para describir y denunciar la indecencia<sup>13</sup>. Por ejemplo, los “hombres bien vestidos” pero “afeminados”, solían perturbar la moral de muchos gacetilleros que veían con horror el glamour extravagante que azolaba la capital: “esos asquerosos degenerados que, con camisa planchada, mascada carmesí al cuello, zapatos con tacón de palo, faja carmesí y sombrero jarano, dan a conocer desde luego lo que son” (Otra plaga 1901; pág. 2). Sin ser catalogados como personas de “mala vida”, las gacetillas aludían a individuos transgresores cuyas conductas desviadas, el parasitismo y la anomía, los situaba en la escala de los degenerados que no aportaban nada a la sociedad. A diferencia de lo ocurrido en México, muchos criminólogos y psiquiatras españoles y porteños examinaron la “mala vida” como un concepto que permitía catalogar y perseguir a prostitutas, homosexuales, inmigrantes, mendigos y todo tipo de “parásitos sociales” incluyendo a las clases trabajadoras que no tenían una vida honesta, cuyos comportamientos subversivos, sin ser considerados como delitos desde el punto de vista penal, lograban molestar a la burguesa liberal por sortear las fronteras de la delincuencia y la peligrosidad (Campos, 2009; pág. 402; Huertas, 1991; pp. 107-111). En efecto, el término «mala vida» no fue discutido en las esferas intelectuales de México, no obstante, por medio de la degeneración se catalogó a multitud de desobedientes, malportados y transgresores de la moral porfiriana, una moral, vale decirlo, fincada en el recato, la moderación y autocontrol de las pasiones como baluartes de la anhelada modernidad (Maya, 2019).

Finalmente, la retórica degeneracionista también fue utilizada como un arma política para señalar, exhibir y denunciar a los criminales de cuello blanco

---

de seres degenerados por el alcohol y la marihuana, con todas las características de la perversidad” (Boletín del Diario del Hogar, 1898).

<sup>13</sup> Tal vez el caso de denuncia periodística más escandaloso fue la fiesta de los 41, un famoso baile de homosexuales realizado en 1901 en el que se vio involucrado el yerno del presidente Porfirio Díaz, Ignacio de la Torre y Mier (Bazant, 2005).

pertenecientes a la administración porfirista. Desde el exilio en los Estados Unidos, los hermanos Flores Magón, opositores del darwinismo social que apelaba a la sobrevivencia de los más aptos, realizaron un llamado al pueblo mexicano -se identificaran o no con la ideología liberal- en contra de los intereses personalistas de los políticos (Lomnitz, 2016; pp. 24-32). Desde el periódico de combate y anti porfirista *Regeneración*, los hermanos Flores Magón procuraron mostrar a sus lectores que personajes como Miguel Cárdenas, gobernador del Estado de Coahuila, daba "satisfacción a placeres mezquinos que roban la tranquilidad pública, a las familias y dan a la sociedad un ejemplo peligroso de inmoralidad". Otro gobernador de Sinaloa, el General Francisco Cañedo, tenía la "fiebre" de "delinquir". Ambos funcionarios públicos eran catalogados como "degenerados" porque estaban "inclinados al delito, hombres sin voluntad para poner freno a sus pasiones, los que nos agobian con su peso, cuando en países menos civilizados que el nuestro, se hicieron para esos hombres las penitenciarías y los manicomios" (Digno empleado de Díaz, 1905; pág. 4). Como hemos visto hasta ahora, fue a través de la prensa capitalina que las ideas sobre la degeneración se resignificaron de acuerdo con los intereses de los editores; ya fuera para descalificar posturas político-religiosas, enjuiciar comportamientos transgresivos o patologizar actividades consideradas indecentes. Los diarios construyeron visiones profanas sobre la degeneración, es decir, alejadas de los saberes científicos y del ejercicio clínico, aludiendo a episodios de la vida cotidiana en la que fueron catalogados como degenerados una variedad de individuos sin distinción social y posición económica. La teoría de la degeneración, como observaremos a continuación, influyó notablemente en el campo literario finisecular, erigiéndose en un instrumento para la detección de anormalidades artísticas.

### La Degeneración en el Arte.

En la vuelta hacia el siglo XX, la teoría de la degeneración tuvo diversos ámbitos de influencia más allá de los muros hospitalarios y las prácticas médicas; uno de ellos fue el campo estético (Petropoulus, 1996). La patologización de las

producciones literarias formó parte de un proceso de higienización de lo social ocurrido en Occidente y América Latina durante el último tercio del siglo XIX (Greenslade, 1994; Cardwell, 1996; Ginés, 2009; Nouzeilles, 1997). Las relaciones entre genio, locura y degeneración fueron una preocupación constante de médicos, criminólogos y alienistas de la talla de Cesar Lombroso (1835-1909), Pompeyo Gener (1848-1920 y Max Nordau (1849-1923). En su libro *El Hombre de genio* (1888), el fundador de la Antropología Criminal buscó demostrar los vínculos entre la genialidad y la locura a partir del estudio de obras pictóricas de grandes personalidades de su tiempo. Consistente con las teorías sobre la degeneración, Lombroso consideró que la etiología del genio estaba en el organismo atávico, razón por la cual, sus desviaciones y constitución física podían ser equiparables a las que presentaba un loco y un criminal. Señaló que el genio era “una psicosis degenerativa” del grupo epiléptico, lo cual explicaba la presencia de estigmas y formas hereditarias (Peset y Peset, 1975; pág. 652)<sup>14</sup>. Por su parte, el médico catalán Pompeyo Gener investigó sobre los elementos malsanos en la narrativa de su época. Su obra *Literaturas Malsanas. Estudios de Patología Literaria Contemporánea* publicado en 1894, es una prueba del interés que sentían las élites por las locuras literarias (Gener, 1894). A Pompeyo Gener no lo interesaba indagar sobre las facultades mentales de los escritores, sino examinar las obras, tendencias y fines “para descubrir en ellas estados de descomposición patógena, adulteraciones venéreas” (Gener, 1900; pág. VII). Su interés radicó en explorar las propiedades “malsanas de la literatura” con la finalidad de prevenir a los lectores de la potencial carga patológica de la narrativa romántica, naturalista y decadente<sup>15</sup>. El autor sostenía que las “literaturas enfermas” constituyan verdaderos “casos patológicos” que a todas luces podían contagiar a los lectores y a la sociedad en su conjunto.

<sup>14</sup> Las marcas orgánicas o “estigmas” de los hombres de genio podían estar en la estatura baja, delgadez, raquitismo, tartamudez, esterilidad, la amnesia, el vagabundeo, entre otras. Sócrates, Darwin, Dostoievski, por ejemplo, eran considerados como genios con una degeneración incurable (Boia, 1997; pág. 175).

<sup>15</sup> Dice el autor catalán: “señalamos las literaturas nocivas para que todos se aparten de ellas, presentado a unas como productos accidentales de vicios corregidos, a otras como hijos de una falsa concepción del Universo de pueblos semibárbaros, o de un estado regresivo de naciones oprimidas por el absolutismo” (Gener, 1900; pág. VIII).

Finalmente, el médico húngaro Max Nordau profundizó las ideas de su maestro Lombroso con detallados análisis sobre la degeneración en el arte<sup>16</sup>. En su monumental obra titulada *Entartung* publicada entre 1892 y 1893, Nordau estudió, entre muchos aspectos, a los “degenerados de la literatura”. Realizó disecciones de escritores cuyas tendencias estéticas abordaban temas como la enfermedad, los vicios, la criminalidad, la prostitución y la locura. Nordau buscó probar el grado de degeneración de los artistas y los elementos psicofisiológicos que presentaban. Para lograr su cometido, utilizó la estructura del caso clínico del siglo XIX (medio social, antecedentes, síntomas, diagnóstico, pronóstico y etiología). Retomó tres conceptos clave para la Psiquiatría y la Antropología Criminal del siglo XIX: la degeneración de August Morel, la noción de “estigmas” estudiados por Lombroso (relación entre biología, asimetría física y moralidad) y finalmente, incluyó la *Moral Insanity* del médico James C. Prichard para enumerar las características morales de los artistas y pensadores degenerados: el egoísmo, la impulsividad y la emotividad<sup>17</sup>.

En el modelo de disección nordausiano, los escritores degenerados eran aquellos que no podían controlar sus emociones, quedando subyugados por impulsos internos. El pesimismo, el tedio y abatimiento eran algunos “estigmas” morales de literatos cuyos cuerpos debilitados habían sido incapaces de adaptarse a los progresos de la civilización. En el sistema de oposiciones nordausiano, los genios/sanos eran útiles a la sociedad, en tanto que tenían por finalidad expresar la virtud y la verdad; en cambio, los talentos/enfermos pretendían manifestar la

<sup>16</sup> Max Nordau fue una figura imprescindible para la intelectualidad en Occidente y un crítico implacable de las tendencias literarias de su época. De origen hebreo y ferviente seguidor del credo positivista, desde muy joven reaccionó en contra de la religión católica y abogó por la supresión de los instintos, impulsos y pasiones en favor de la racionalidad científica. Defendió la ética del trabajo y el altruismo como elementos necesarios para el progreso de las naciones (Baldwin, 1980; pág.102). Además, Nordau fue una figura de importancia para el movimiento sionista y el judaísmo reconstrucionista en el periodo entreguerras (Golomb, 2004; pág. 48).

<sup>17</sup> El concepto de “locura moral” fue propuesto por James Cowles Prichard (1789-1848) en 1835, en oposición al concepto de monomanía de la psiquiatría francesa. Para Prichard, en la *Moral Insanity* el individuo presentaba “anomalías morales” sin alteraciones de la inteligencia con clara ausencia de delirio; contrariamente, en el monomanía el individuo deliraba sobre un objeto (Huertas, 2005; pág. 75). Además, el término de “locura moral” aludía a un trastorno conductual cuya característica común, además de la ausencia de delirio, era la tendencia del individuo al “abatimiento”, “tristeza” y una expresión inusual de “sentimientos intensos” (Berrios, 2008; pág. 521).

belleza sin ninguna misión pedagógica, ya que sólo aportaban emociones malsanas que alteraban el sistema nervioso del público. La formación de agrupaciones literarias mostraba espíritus “trastornados”, sensibilidades “enfermas” y cuerpos “degenerados” que ponían en riesgo la evolución del hombre y el progreso de las naciones (Nordau, 1902; pág. 69). En específico, lamentó que los escritores decadentes encabezados por Charles Baudelaire no pudieran enjuiciarse jurídicamente, ya que Occidente corría un grave peligro al contar con personalidades artísticas que propagaban con sus letras el germen de la enfermedad mental:

El artista que representa con agrado lo que es depravado, vicioso, criminal, que lo aprueba, quizás lo glorifica, no se distingue sino cuantitativamente y no cualitativamente del criminal que practica de hecho todas esas cosas; es una cuestión de intensidad de la obsesión y de la fuerza de resistencia del juicio, acaso también de valor y cobardía, y nada más. Si la ley positiva no trata al criminal de intención con toda severidad como al criminal de acción, es porque el derecho penal persigue el hecho y no la intención, la manifestación objetiva, no sus raíces subjetivas (Nordau, 1902; pág. 133).

### Decadentes, Locos y Degenerados.

Las ideas sobre la degeneración en el arte y la literatura patologizante, encontraron tierra fértil en el contexto de modernización llevado a cabo por Porfirio Díaz. Médicos del régimen buscaron afanosamente combatir las condiciones reinantes de insalubridad y la propagación de enfermedades como la viruela, mediante estrategias de higienización, la promoción sanitaria y la vacunación obligatoria en puertos y ciudades del país (Agostoni, 2003 y 2016). También buscaron frenar el consumo desmedido de alcohol y la expansión de la criminalidad entre los sectores populares. Lucharon, además, en contra de cualquier comportamiento transgresor que develara síntomas de alguna enfermedad mental mediante un programa de profilaxis social (Speckman, 2007; Ríos, 2009). En este contexto, los postulados de Lombroso, Gener y Nordau encajaron muy bien con el positivismo y liberalismo en países como Argentina,

España y México, sobre todo porque desde la segunda mitad del siglo XIX las élites procuraron implementar una estrategia de “defensa social” contra una literatura ajena a la construcción cultural de las naciones. Dicha estrategia estuvo fundamentada en la creencia de que la burguesía representaba la clase “sana” que debía regir los preceptos morales de los individuos (Zavala, 2012; pág. 62). El escritor, periodista y traductor mexicano Andrés Díaz Milián fue, entre otros intelectuales de la época, uno de los primeros en introducir las ideas sobre la degeneración en el arte a través de las páginas de los principales diarios capitalinos (Milián, 1892<sup>a</sup> y 1892<sup>b</sup>)<sup>18</sup>. Al igual que Milián, muchos escritores destacaban que “los degenerados literarios” estaban “enfermos de los nervios”, ya que portaban un sistema nervioso que no había logrado adaptarse a los progresos de la humanidad (Degeneración, 1894; pág.1). En los diarios se estimaba con asombro que la locura estaba afectando a ciertos poetas y literatos en varias partes del mundo; así, Max Nordau presagiaba que sólo los organismos más «fuertes» podrían adaptarse a las condiciones del nuevo milenio (Nordau, 1894; pág. 2).

Con la finalidad de aleccionar y proteger a la sociedad de la influencia perniciosa de literatos bajo sospecha, los redactores citaban trabajos sobre higiene, psiquiatría y antropología ariminal tales como: *La higiene de los literatos* de Valentín Catalá; *Psicología morbosa* de Moreau de Tours; *Genio y talento* de Jürgen Mayer y *El Hombre de genio* de Cesar Lombroso; con ello buscaban mostrar que “los desequilibrados, los neuróticos, no podían producir más que una literatura morbosa, que en cada lector encuentra un círculo concéntrico de infecciosa propagación”<sup>19</sup>. Sin embargo, al mismo tiempo otras voces públicas desdeñaron el uso desmedido del término “desequilibrado” aplicado a las prácticas literarias, sobre todo cuando era utilizado por el “burgués analfabético” que lo

<sup>18</sup> Ver: *El Nacional*, (1894).

<sup>19</sup> Desde Loyola, Lutero, Napoleón, Mahoma, Shopenhauer hasta Bakunin, “han ocasionado grandes males con sus delirios religiosos, filosóficos, políticos y revolucionarios” (*La higiene de los literatos II*, 1891; *El genio y la locura*, 1891).

reducía a un “tecnicismo patológico” (Los desequilibrados, 1892; pág. 1)<sup>20</sup>. El periodista español Leopoldo Alas “Clarín”, señaló con enfado que había algo de “imprudencia mal intencionada” en aquellos que acusaban “por síntomas literarios, de enfermos y degenerados, decadentes, etc., etc., a los autores” (Clarín, 1895; pág. 1). En este contexto de patologización de la producción literaria moderna, en 1893 surgió un movimiento literario nacional integrado por un grupo de escritores autoproclamados como decadentes, entre los que destacaron José Juan Tablada, Alberto Leduc, Amado Nervo, Ciro B. Ceballos y Bernardo Couto Castillo, quienes irrumpieron en el escenario cultural de la capital pugnando por una mayor libertad creativa y la renovación de las prácticas literarias en el país<sup>21</sup>. El literato, que durante la centuria decimonónica había gozado de una buena imagen pública al ser considerado un guía moral y espiritual de la sociedad (Ruedas, 1996), con la irrupción de los decadentes se transformó en un personaje antisocial, enfermo y degenerado. Esta constelación de escritores, poetas y periodistas estaba en contra de expresiones literarias que seguía apostando por la educación del pueblo y la exaltación de las costumbres nacionales. A pocos días de su presentación pública, se suscitaron intensos debates en el medio periodístico sobre la pertinencia de la “nueva escuela literaria” y el lugar que ocupaba el artista en el mundo moderno al que aspiraban los porfiristas.

En efecto, los adversarios del movimiento decadente comenzaron a urdir todo tipo de sospechas sobre los jóvenes literatos obsesionados con temas considerados anormales, inmorales y sacrílegos: muerte, profanación, zoofilia, violencia, homicidio, suicidio y locura. En consecuencia, los adherentes al decadentismo fueron sometidos al escrutinio público debido a que su “estilo literario” ponía en

<sup>20</sup> De hecho, pronto acusaron a Nordau de no fundar sus conclusiones y de ser un “seudocientífico” que difícilmente probaba sus teorías (Opinión de un psicólogo, 1893; Max Nordau y El Señor Bulnes, 1898).

<sup>21</sup> En general, el decadentismo en México fue un movimiento que desde su presentación pública en 1893 hasta el cierre de la primera etapa de la *Revista Moderna* -órgano de publicación del grupo- en 1903, tuvo manifestaciones, expresiones y momentos de esplendor. Los decadentes usaron la literatura como una herramienta para reorientar las letras nacionales, contribuir al progreso intelectual del país y formular propuestas críticas sobre su realidad como artistas sometidos a las reglas de la oferta y la demanda. Los escritores decadentes fueron opositores del nacionalismo cultural y del positivismo científico, defendieron la independencia del trabajo estético en el marco de la profesionalización del escritor como trabajador asalariado (Zavala, 2001).

peligro el arte nacional y la estabilidad de ciertas costumbres de la sociedad mexicana (Zavala, 2012; pág. 40). Además de su narrativa, también los escritores decadentes fueron criticados por su comportamiento público ya que muchos tenían aficiones éticas y actitudes transgresoras mediante las cuales desafiaban la moral y el comportamiento del «burgués» (Leyva, 2013). Desde el punto de vista literario, críticos y adversarios aseguraban que los decadentes utilizaban un lenguaje «extravagante» que sólo expresaba “una sarta inmensa de disparates” (Racha, 1893; pág. 1)<sup>22</sup>. El clima de hostilidad que experimentó el grupo de los decadentes en una década pone en evidencia las valoraciones y actitudes que tenían amplios sectores sociales temerosos al cambio cultural.

La inteligencia porfiriana utilizó las tesis sobre el arte degenerado para clasificar y patologizar poemas, cuentos y novelas escritas por los decadentes; a todas luces se trató de un instrumento de vigilancia y disección literaria que buscaba denostar una producción estética específica: “Leemos sus producciones porque tenemos aficiones literarias que nos llevan a estudiar todo, lo fisiológico y lo morboso. Hacemos en literatura exactamente lo que el médico o el estudiante de medicina que lo mismo leen un tratado de Fisiología que un caso de clínica interna”, apuntaba un articulista de *El Diario del Hogar* (Pílades, 1893; pág. 1).

Desde sus primeras publicaciones, las prácticas discursivas decadentes fueron consideradas un caso clínico que requería la intervención urgente de los estudiosos de la literatura. Carlos Díaz Dufoo, fundador junto con Manuel Gutiérrez Nájera de la *Revista Azul*, tuvo una posición ambigua respecto de los decadentistas en México pese a que muchos de sus cuentos recopilados en el libro *Cuentos Nerviosos* (1902), compartían rasgos de dicha estética. Dufoo consideró *Entartung* como una obra “en servicio de la Ciencia”, pero señaló no encontrar “la comprobación científica de la degenerescencia en el arte” a través del estudio de los “estigmas morales” en todo caso, eran “estados psicológicos”

<sup>22</sup> Otras voces subrayaban la “decadencia moral” por la que atravesaba la poesía “en estos tiempos”, alertando a la sociedad de que este tipo de literatura podía atentar contra las “buenas costumbres” (*El arte y las buenas costumbres*, 1897). El 12 de noviembre de 1897, el diario *El Partido Popular* publicó una brevíssima gacetilla en la cual tildaba a “los decadentistas” de “nenes llorones que gemían y berreaban”, calificando sus producciones artísticas como una “literatura de calderilla” plagada de “barbarismos pretensiosos sin gracia y orden” (*Chismes*, 1897).

vistos a través de “un temperamento”, (Dufoo, 1894; pág. 85). Sin embargo, señaló que el “egoísmo” y la “imitación” eran rasgos psicopatológicos de “los discípulos”. Acusó al “decadentismo americano” de ser un “niño que se hace viejo. No creías en sus blancas barbas: son postizas” (Dufoo, 1894; pág. 175). Las campañas de desprestigio no se hicieron esperar. Uno de los más entusiastas detractores fue el escritor y periodista Hilarión Frías y Soto (1831-1895), publicó una serie de artículos en los que atacó abiertamente al movimiento decadentista en México<sup>23</sup>. Siguiendo a Max Nordau, Frías y Soto consideró que el decadentismo era producto de los excesos etílicos y una manifestación elocuente de la patología mental que padecían sus seguidores:

Hoy surge el decadentismo, el bastardo del arte engendrado en un manicomio entre los vapores alcohólicos del ajenjo; pero en ese baturrillo de palabras, nada hay literario, ni artístico, porque faltan la psiquis, la idea que brota del sentimiento y el pensamiento que nace del juicio y despiden rayos de luz que llevan por todas partes la verdad que guía, o el principio que redime a un pueblo (Soto, 1895; pág. 1).

En ese mismo tenor, el escritor-periodista Victoriano Salado Álvarez (1867-1931) fue otro férreo opositor del modernismo decadente. Escribió varios artículos en contra de una propuesta que “proclamando la imitación de no sé qué neurosismo que en Francia impera ha pretendido echar abajo en un día la obra de muchos años y de muchos esfuerzos” (Álvarez, 1899; pág. IX). Señaló que no era agradable ver “correr sangre humana” o “sentir placer al matar a su manceba” al leer algunos cuentos escritos por autores como Ciro B. Ceballos y Bernardo Couto. Sentenció que los “modernistas” eran escritores extravagantes y “faltos de sesos”, que “tienen un fondo psíquico de amargura, de hastío, de la vida que no cuadran con el estado actual de los espíritus”.

---

<sup>23</sup> Algunos ejemplos de sus artículos son: Copos de Espuma, (1894); Los olvidados. Juan B. Delgado, (1894).

Los críticos del decadentismo a la mexicana estaban preocupados por lo que otros historiadores han llamado “narrativas sediciosas”<sup>24</sup> porque sólo labraban el culto a la persona, eximiéndose de cualquier responsabilidad moral con la educación del pueblo<sup>25</sup>. Con el uso de la teoría de la degeneración en las producciones literarias decadentistas, muchos estudiosos encontraron un argumento pretendidamente “científico” para dividir el campo literario finisecular en dos grandes frentes: una literatura sana/vigorosa y otra enferma/malsana. El primer grupo hacía referencia a narrativas que tenían la finalidad de ilustrar a los lectores condenando los vicios y exaltando virtudes fincadas en el amor heterosexual, la familia y el patriotismo. Generalmente eran obras escritas por literatos identificados con el nacionalismo cultural como Guillermo Prieto, José María Vigil, Vicente Riva Palacio y Ángel de Campo “Micros”, todos ellos representados como escritores comprometidos con la construcción de la nación por medio de la literatura (Soto, 1894; pág. 1 y 1896; pág. 1). En cambio, las literaturas malsanas eran concebidas como aquellos poemas, cuentos y novelas que rompían el afán pedagógico haciendo apología de los vicios, la locura y el asesinato. Al respecto, el diario católico del estado de Puebla *El Amigo de la Verdad* en su edición del 6 de agosto de 1899, publicó un artículo en el que comparaba a dos escritores mexicanos con la finalidad de mostrar, denostar y exhibir propuestas literarias saludables y literaturas enfermas escritas por autores degenerados. Según los redactores, Rafael Delgado era un novelista “que ha enriquecido nuestra literatura Patria” con obras como *La Calandria y Angelina*, dado que su temperamento estaba a la altura de “la escuela clásica, a esa que ha producido un Homero, a un Virgilio, a un Petrarca, a un Tasso, a un Núñez de Arce...”. Por el contrario, la novela *El Bachiller* de Amado

<sup>24</sup> De acuerdo al historiador norteamericano Robert Darton, los poemas sediciosos criticaban y satirizaban a los funcionarios públicos de la corte de Luis XV, de manera que fueron sintomáticos del periodo 1715-1774, justo en el momento en que el Rey comenzaba a perder control sobre la obediencia de sus súbditos (Darton, 2011). Utilizo esta idea para referirme a narrativas sediciosas que tenían por función perturbar la moral y las buenas conciencias de las élites porfirianas.

<sup>25</sup> Dice un autor: “[...] ellos no buscan la verdad ni guían a los hombres a ningún fin; antes bien se sustraen a los anhelos de los hombres y se encierran casi siempre en su yo: Darío, Lugones, Tablada, Dávalos, Nervo, etc., han sido y son poetas que yo llamo personalistas, es decir, poetas que escriben y pulimentan la frase para expresar lo que ellos piensan e imaginan y no lo que sienten e imaginan los hombres de la vida contemporánea” (Medina, 1903; pág. 157).

Nervo<sup>26</sup> fue considerada como un “mamarracho” y escrita por un joven “sublime” que regalaba al público “perversos esperpentos”, que le “ha dado por el decadentismo, esa escuela de neuróticos y desequilibrados, que ha echado a perder tantas inteligencias que mucho prometían” (Comparemos, 1899; pág. 1). En esta línea argumental, el ensayista Atenedoro Monroy sentenció que el decadentismo “sólo ha venido a agotar nuestros más ricos y fragantes talentos en flor”. Enérgico, consideró que las narrativas decadentes podían afectar la conducta moral de los lectores potenciales, ya que estaban engendradas por escritores enfermos:

[...] escuela poético-literaria de origen metafísico, en que se traduce un hondo y amargo malestar social de cansancio y decrepitud, por medio de símbolos oscuros e ininteligibles, expresiones rebuscadas o alteradas caprichosamente en su significación, metros de calentadas disonancias o virtualidades musicales de absoluta libertad y novedad, rimas regresivas y fantasías y alucinaciones personalísimas, propias solo de la neurosis y el desequilibrio mental (Monroy, 1903; pág. 195).

En resumen, los criterios que se utilizaron para patologizar las prácticas discursivas de los decadentes fueron la profanación de la lengua castellana al privilegiar el idioma francés; la ausencia de un proyecto de nación; la imitación de modelos extranjeros; el desarrollo de narrativas autónomas de la función moral y la consideración del escritor decadente como un degenerado que atentaban contra la moral y la salud colectiva de la nación. Que la literatura decadente pudiera “contagiar” al gran público de lectores resulta una aseveración bastante exagerada, sobre todo si consideramos que en aquella época México era un territorio fundamentalmente rural y analfabeto. Los propios literatos decadentes eran conscientes de que no contaban con un ejército de entusiastas seguidores; así, amargamente se quejaban de que la lectura fuera un asunto de elegidos (Nervo, 1896; pág. 1). En el primer censo de 1895, se estimó en 12, 632, 000 el

<sup>26</sup> Primera obra del autor y publicada en 1895, en la que se narra la infortunada historia de Felipe y su constante lucha en contra de la sensualidad y el erotismo, batalla que finalmente lo lleva a la auto castración.

número de habitantes del territorio nacional, en cinco años incrementó 1.4%, es decir, ascendió a 13, 607, 000, calculando el analfabetismo en un 75.3% (INEGI, 1996; pp. 7-17). Aunque las personas tuvieran acceso a los periódicos en donde generalmente se publicaban los cuentos, no debemos olvidar que para 1895 sólo el 14% aproximadamente era alfabeto y la Ciudad de México contaba con el 38%. En suma, si durante este periodo poca gente sabía leer, seguramente era menos la que realmente lo hacía (Bazant, 1988; pág. 206). Frente a este escenario, es posible considerar que la inteligencia porfiriana participó en la construcción de una imagen terrorífica y degenerada de los escritores decadentes, debido al firme convencimiento de que la sociedad mexicana estaba amenazada con la propagación de la locura a través de narrativas malsanas. Al escandalizar, denostar y patologizar las actividades de los decadentes, la élite científica no estaba protegiendo al conjunto social, sino a una minoría ilustrada temerosa de toda expresión de anarquía cultural que atentara contra el proyecto colectivo de nación.

#### Consideraciones Finales.

Durante el tránsito del siglo XIX al XX en la Ciudad de México, circularon en los medios impresos una serie de ideas, valores y actitudes sobre la degeneración paulatina de los habitantes de la capital. La teoría de la degeneración no sólo fue un modelo clínico circunscrito a las prácticas científicas, médicas y jurídicas, sino que representó un discurso con ámbitos de influencia notables en la cultura escrita capitalina: la prensa y la crítica literaria. Redactores, literatos y periodistas emplearon las ideas degeneracionistas como una fuerza ideológica gracias a su maleabilidad conceptual. Esto muestra la permeabilidad que tuvieron muchos de los términos supeditados a la medicina mental y, sobre todo, el carácter polisémico de los mismos en razón de que sus significados muchas veces dependieron de los intereses particulares de los usuarios. La apropiación de las ideas sobre la degeneración ayudó a la circulación de visiones profanas de los degenerados, mostrando episodios cotidianos que estaban más allá de las prácticas médicas. Desde la perspectiva sociocultural, la teoría de la degeneración fue un instrumento

de usos múltiples: ayudó a la patologización de comportamientos considerados anormales, inmorales e indecentes y permitió establecer diagnósticos estéticos alrededor de propuestas literarias propias de la modernidad. Con la documentación disponible, no me es posible afirmar que la patologización del escritor decadente así como la medicalización de sus prácticas discursivas fueron elementos estratégicos de una política cultural del régimen porfirista. Lo que sí sostengo es que esta cruzada de estigmatización del literato formó parte de un proceso más amplio de higienización social que pretendía clasificar, combatir y erradicar la propagación de enfermedades colectivas que pusieran en riesgo la salud de la nación. Dicha cruzada no hubiera sido posible sin un modelo de interpretación avasallante, implacable y pretendidamente científico como el paradigma degeneracionista. Periodistas, literatos y críticos literarios se encargaron de construir la percepción de un México amenazado por la degeneración de sus ciudadanos; un territorio sitiado por la transmisión incalculable de enfermedades hereditarias que se esparcían y reproduían a través de comportamientos transgresores, tendencias ideológicas de grupos letrados y actividades literarias malsanas. Insisto, esta percepción terrorífica estuvo sustentada en una teoría que logró traducir las ansiedades colectivas de una élite cultural que en todo caso buscaba denunciar, proteger y prevenir a una sociedad que, desde su perspectiva, había comenzado a navegar en la irreversible marea de una degeneración generalizada.

#### Referencias Bibliográficas.

- Agostoni, C. (2003). *Monuments of progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*. Canada: University of Calgary Press/University Press of Colorado/Instituto de Investigaciones Históricas.
- Agostoni, C., (2016). *Médicos, campañas y vacunas. La viruela y la cultura de su prevención en México 1870-1952*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Mora.
- Bazant, M. (2005). *Crónica de un baile clandestino*. México: El Colegio Mexiquense.

- Bazant, M., (1988). Lecturas del Porfiriato, en ***Historia de la lectura en México***. México: El Colegio de México.
- Baldwin, M. (1980). Liberalims, Nationalism, and Degeneration: The Case of Max Nordau. ***Central European History***, 13 (2), pp. 99-120.
- Berrios, G. (2008). ***Historia de los síntomas de los trastornos mentales. La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX***. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bing, F. (2000). La teoría de la degenerescencia, en Jacques Postel y Claude Quétel (coord.), ***Nueva Historia de la Psiquiatría***. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 225- 229.
- Boia, L. (1997). ***Entre el ángel y la bestia***. traducción Andrea Morales Vidal, España: Editorial Andrés Bello.
- Campos, R. y otros. (2000). ***Los ilegales de la naturaleza. Medicina y degeneracionismo en la España de la Restauración, 1876-1923***. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Campos, R. (1999). La teoría de la degeneración y la profesionalización de la psiquiatría en España (1976-1920), ***Asclepio***, LI (1), pp. 185-203.
- Campos, R., (2009). La clasificación de los difusos: el concepto de mala vida en la literatura criminológica de cambio de siglo. ***Journal of Spanish Cultural Studies***, 4, pp. 399-422.
- Caponi, S. (2009). Para una genealogía de la anormalidad: la teoría de la degeneración de Morel. ***Scientiae Studia***, (3), pp. 425-445.
- Cardwell, R. (1996). The mad doctors: Medicine and Literature in finisecular Spain, ***Journal of the Institute of Romance Studies***, 4, pp. 167-183.
- Cien años de censos de población***, México: INEGI, 1996.
- Clúa, G. (2009). La morbidez de los textos: literatura y enfermedad en el fin de siglo. ***Fenia. Revista de Historia de la Psiquiatría***, IX, pp. 33-52.
- Correa, M., y otras. (2016). Introducción", ***Ciencia y espectáculo. Circulación de saberes científicos en América Latina, siglos XIX y XX***, en Correa, M., Kottow, A., Vetö, S. (ed). Chile: Ocho Libros, pp. 13-20.
- Davenport-Hines, R. (2003). ***La búsqueda del olvido. Historia global de las drogas, 1500-2000***, España: Turner-Fondo de Cultura Económica.

- Darton, R. (2011). **Poesía y Policía. Redes de comunicación en el París del siglo XVIII**, México: Ediciones Cal y Arena.
- Del Castillo, A. (2005). *El surgimiento de la prensa moderna en México*, en Clark, B. y Speckman E. (eds.). **La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico**, 2, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 105-118.
- Foucault, M. (2008). **El poder psiquiátrico**, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Gener, P. (1894). **Literaturas malsanas. Estudios de Patología literaria contemporánea**. Madrid: Fernando Fé, Librero.
- Gener, P. (1900). **Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria contemporánea**, Barcelona: Juan Llordachs.
- Golomb, J. (2004). **Nietzsche and Zion**, Estados Unidos: Cornell University Press.
- Greenslade, W. (1994). **Degeneration, Culture and The Novel 1880-1940**, Cambridge University Press.
- Gorbach, F. (2008). **El monstruo, objeto imposible. Teratología mexicana, siglo XIX**, México: Itaca/Universidad Autónoma Metropolitana, xochimilco
- Gorbach, F. (2014). Locura moral y degeneración: los caminos de la biopolítica. México a finales del siglo XIX, en Cardona, H. y Gómez, Z. **Al otro lado del cuerpo. Estudios biopolíticos en América Latina**. Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín/Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes/Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales, pp. 185-206.
- Huertas, R. (1987). **Locura y degeneración. Psiquiatría y sociedad en el positivismo francés**. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Huertas, R. (1991). **El delincuente y su patología. Medicina, crimen y sociedad en el positivismo argentino**. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Huertas, R. (2005). **El siglo de la clínica. Para una teoría de práctica psiquiátrica**. Madrid: Novalia Electronic Editions.
- La Misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX**, (1996). Organización y presentación de Jorge Ruedas de la Serna, México, UNAM.

- Leyva, M. (2013). *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*. México: Tusquets.
- Lomnitz, C. (2010). *El antisemitismo y la ideología de la Revolución mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lomnitz, C. (2016). *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*, México: Ediciones Era.
- Maya, J. (2015). Locura y criminalidad en el discurso médico porfiriano: el caso de Enrique Rode, 1888-1891. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, (5), pp. 128-148.
- Maya, J. (2019). *Ficciones psicopatológicas: medicina mental, prensa y literatura en el tránsito del siglo XIX al XX, Ciudad de México, (1882-1903)*. Tesis para optar por el grado de doctor en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nordau, M. (1902). *Degeneración*. t. I y II. Madrid: Librería de Fernando Fé Saenz de Jubera, Hermanos.
- Nouzeilles, G. (1997). Narra el cuerpo propio. Retórica modernista de la enfermedad, *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*, 5, (9), Caracas, enero-junio, p 149-176.
- Petropoulos, J. (1996). *Art as Politics in the Third Reich*. California: The University of Carolina Press/Chapel Hill and London.
- Peset, L. y P. M. (1975). *Lombroso y la Escuela positivista*. Madrid, Instituto Arnau de Vilanova/C.S.I.C.
- Piccato, P. (2015). *La tiranía de la opinión pública. El honor en la construcción de la esfera pública en México*. México: El Colegio de Michoacán/Instituto Mora.
- Pulido, D. (2014). *¡A su salud!, Sociabilidades, libaciones y prácticas populares en la ciudad de México a principios del siglo XX*. México: El Colegio de México.
- Quereilhac, S. (2015). Reflexiones sobre una sensibilidad de época. La imaginación científica en la literatura y el periodismo (1896-1910). *Badebec*, (8), marzo, pp. 32-59.
- Ríos, A. (2009). *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*. México: El Colegio de México.

Salado, V. (1899). *De mi cosecha. Estudios de crítica*. Guadalajara: Imprenta de Aneira y Hermano a. Ochoa.

Sánchez, M. (2015). La teoría de la degeneración en Chile (1892-1915), en Leyton, C., Palacios, C., y Sánchez, M. (eds). *Bulevar de los pobres. Racismo científico, higiene y eugenésia en Chile e Iberoamérica, siglo XIX y XX*. Chile: Ocho Libros/Museo Nacional de Odontología, pp. 35-61.

Scull, A. (2019). *Locura y civilización. Una historia cultural de la demencia, de la Biblia Freud, de los manicomios a la medicina moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.

Shorter, E. (1998). *Historia de la psiquiatría: desde la época del manicomio a la era de la fluoxetina*. México: JyC Ediciones Médicas.

Speckman, E. (2007). *Crimen y Castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*. México: El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México.

Yujnovsky, I. Cultura y poder: el papel de la prensa ilustrada en la formación de la opinión pública, en <http://www.h-mexico.unam.mx/node/6549#fn1> [Consultado el 20 de diciembre de 2016].

Zavala Díaz, A. (2001). La blanca lápida de nuestras creencias: notas sobre el decadentismo mexicano, en Olea R. (editor). *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. México: El Colegio de México, pp. 47-60.

Zavala Díaz, A. (2012). *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas.

Referencias Hemerográficas.

Clarín, (1895). Extranjero. Revista Literaria. *El Monitor Republicano*, 13 de junio, pág. 1.

Díaz, C. (1894). Degenerescencia. *Revista Azul*, I, (6), 10 de junio, p. 85.

Díaz, C. (1894). Azul Pálido. *Revista Azul*. I (11), 15 de julio, p. 175.

Díaz, A. (1892). Los hombres de genio. *El Siglo Diez y Nueve*, 11 de enero, p. 1.

Díaz, A. (1892). Los hombres de genio. *El Siglo Diez y Nueve*. 12 de enero, p. 1.

Frías y Soto, H. (1894). Copos de Espuma, *El Siglo Diez y Nueve*, 20 de octubre, p. 1.

- Frías y Soto, H. (1894). Los olvidados. Juan B. Delgado, *El Siglo Diez y Nueve*. 13 de octubre, p. 1.
- Frías y Soto, H. (1895). Por la provincia. Fulgor y Sombra. Por José Felipe Costellot, *El Siglo Diez y Nueve*. 28 de diciembre, p. 1.
- Frías y Soto, H. (1894). Los del porvenir. Micros (Ángel de Campo). *El Siglo Diez y Nueve*. 27 de octubre, p. 1.
- Frías y Soto, H. (1896). El poeta y el sabio. Al Sr. José María Vigil. *El Siglo Diez y Nueve*. 21 de marzo, p. 1.
- Medina, F. (1903). El modernismo literario. ¿Procede del positivismo? *Revista Positiva*. (28), 26 de marzo.
- Monroy, A. (1903). Valor estético de las obras de la Escuela Decadentista. *Revista Positiva*. (29), 23 de abril.
- Nervo, A. (1896). Fuegos fatuos. Nuestra Literatura. *El Nacional*. 15 de junio, p. 1.
- Nordau, M. (1894). El neurosismo en el siglo que viene. *El Universal*, 26 de agosto, p. 2.
- Parra, P. (1891). La ley hereditaria. *El Universal*. 31 de enero, p. 1.
- Parra, P. (1901). Algunas consideraciones sobre la herencia. *El Observador Médico*. I (10), 15 de agosto.
- Parra, P. (1892). Los neurópatas. *El Universal*. 21 de enero, p. 4.
- Pílades, (1893). Borrones I. Decadentismo. *El Diario del Hogar*. Jueves 26 de enero, p. 1.
- Racha, (1893). El decadentismo. Escuela Moderna de Literatura. *El Demócrata*. 12 de febrero, p. 1.
- Sánchez, T. (1894). Actualidades. Juanito Manen. *La Voz de México*. 12 de abril.
- s/a. (1877). Los vividores. *La Bandera Nacional*. 19 de noviembre, p. 2
- s/a. (1890). Una lección de lógica. *El Siglo Diez y Nueve*. 31 de julio, p. 1.
- s/a. (1890). Jesús psicópata. *El Siglo Diez y Nueve*. 25 de diciembre, p. 1.
- s/a. (1891). La higiene de los literatos II. *El Siglo Diez y Nueve*. 22 de diciembre, p. 1.

- s/a. (1891). El genio y la locura. ***El Universal***. 23 de octubre, p. 3.
- s/a. (1891). El tiempo y la familia. ***El Siglo Diez y Nueve***. 25 de noviembre, p. 1
- s/a. (1892). La solución de una charada del Tiempo. ***El Siglo Diez y Nueve***. 28 de noviembre de 1892, p. 1.
- s/a. (1892). Los desequilibrados. El progreso y la rutina. ***El Universal***. 28 de enero, p. 1.
- s/a. (1893). Decadencias. ***El Tiempo***. 11 de agosto de 1893, p. 2.
- s/a. (1893). Opinión de un psicólogo. ***El Universal***. 30 de mayo, p. 1.
- s/a. (1894). Lecturas. El siglo XX. ***El Nacional***. 10 de octubre, p. 1.
- s/a. (1894). Degeneración. ***El Correo Español***. 23 de mayo, p 1.
- s/a. (1894). Religión, fanatismo y locura. ***La Patria***. 29 de marzo, p. 2.
- s/a. (1895). Progresamos hacia el salvajismo. ***La Voz de México***. 29 de noviembre, p. 1.
- s/a. (1896). El Patriotismo. ***La Raza Latina***. 12 de julio, p. 1.
- s/a. (1897). El arte y las buenas costumbres. ***La Voz de México***. 13 de octubre, p. 2.
- s/a. (1897). Chismes. ***El Partido Popular***. 12 de noviembre, p. 1.
- s/a. (1898). Sombras chinescas. ***El Imparcial. Diario Ilustrado de la Mañana***. 12 de septiembre, p. 2.
- s/a. (1898). Excursionistas. ***La Voz de México***. 24 de marzo, p. 1.
- s/a. (1898). Boletín del Diario del Hogar. ***El Diario del Hogar***. 21 de julio, p.2.
- s/a. (1898). Max Nordau y El Señor Bulnes. ***La Voz de México***. 20 de enero, p. 2.
- s/a. (1899). El suicidio es moral y útil. ***La Patria***. 20 de junio, p. 1.
- s/a. (1899). Los periódicos calumniadores del clero. ***El Tiempo***. 5 de julio, p. 1.
- s/a. (1899). Dos vergüenzas. ***El País***. 27 de junio de 1899, p. 1.
- s/a. (1899). Comparemos. ***El Amigo de la Verdad***. 6 de agosto, p. 1.

- s/a. (1901). ***La Voz de México***, 6 de junio de 1901, p. 1.
- s/a. (1901). Otra plaga. ***El Diario del Hogar***. 2 de octubre, p. 2.
- s/a. (1903). Cabos sueltos. ***El Popular***. p. 1.
- s/a. (1903). Neuróticos. ***El Correo Español***. 4 de febrero, p. 2.
- s/a. (1903). Neuróticos. ***El Correo Español***. 4 de febrero, p. 2.
- s/a. (1905). Digno empleado de Díaz. La vulgaridad de nuestros tiranos. ***Regeneración***. 7 de octubre, p. 4.
- s/a. (1906). El alcoholismo y la degeneración. ***El Imparcial. Diario Ilustrado de la Mañana***. p. 7.
- s/a. (1906). Neuróticos y degenerados. El tiempo que debe dedicarse al sueño. Observaciones hechas en cuarenta escuelas. ***El Mundo***. 25 de septiembre de 1906, p. 4.
- s/a. (1908). Discurso de despedida. ***El Diario del Hogar***. 30 de octubre, p. 1.